

**Tercera Edad:
Diferentes percepciones y necesidad de relaciones basadas en una nueva
Ética Social**

Ana Esmeralda Rizo López¹

Resumen

El artículo surge como uno de los resultados de una investigación aplicada y profunda en diversas áreas. Aquí presentamos como la vejez es una construcción social a lo largo de la historia y de las diversas teorías sociológicas y psicológicas aparecidas sobre este tema, para hacer hincapié en la necesidad de una nueva ética social que contrarreste los efectos de una sociedad hedonista, consumista y apegada a la juventud como referente vital.

Palabras clave: Visión histórica, teorías de la vejez, familia, ética.

Abstract

This essay arises as one of the results coming from a deep and applied research on several fields. We pretend to show how the aging concept has been a social construction through history and different sociological and psychological theories, in order to find a new social ethics enough to counteract the effects of a hedonistic, consumer society looking at the youth as a life model.

Key words: Historical view, aging theories, family, ethics.

Es de sobra conocida la importancia que la familia como institución tiene para el ser humano desde su nacimiento por cuanto cubre en sus primeras etapas, al menos, las necesidades materiales y siempre le provee de parte de su identidad y de bienestar psíquico a través de los lazos afectivos que genera. No obstante, no en todos los casos es así y desde luego, desde mediados del siglo XX se han venido produciendo cambios con rapidez en cuanto a la estructura familiar, sus funciones y los roles a desarrollar dentro de ella, especialmente esto último en lo que se refiere a los ancianos que son llamados a un tipo de integración. Aunque no la única, una de las causas fundamentales que han llevado a estos cambios ha sido la transformación demográfica que se ha producido, fundamentalmente en los

¹ Cargo académico: PROFESORA TITULAR DE SOCIOLOGÍA
Dirección Laboral: DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y TRABAJO SOCIAL
UNIVERSIDAD DE HUELVA (CAMPUS EL CARMEN)
AVDA. DE LAS FUERZAS ARMADAS S/N
21071 HUELVA
FAX.- 959219579 TLF.- 959219657 E-MAIL.- rizo@uhu.es

países desarrollados, con especial incidencia en Europa. Esta transformación se ha definido de forma mayoritaria como un proceso que ha conllevado tres fases; las revoluciones agrícolas con excedente de producción supusieron que era mayor el número de personas que podían ser alimentadas lo que favoreció en gran parte el aumento de la natalidad aunque persistía un índice de mortalidad muy alto, especialmente en lo relacionado con la mortalidad infantil. La segunda fase surge como resultado de los avances en el campo de la medicina y la higiene, lo que provoca una importante bajada en los índices de mortalidad, manteniéndose altas las tasas de natalidad. El tercer periodo supone un decremento importante tanto en las tasas de natalidad como en las de mortalidad, lo que ha sucedido en la segunda mitad del siglo XX, si bien como dijimos únicamente en los países con mayor desarrollo económico y social.

España, aunque con retraso, se unió al grupo de países que han sufrido esta modificación demográfica, llegando a situarse en los años noventa en el primer lugar por lo que hace referencia a su natalidad, siendo la más baja del mundo junto con Italia. Curiosamente, dos de los países con mayor influencia de la Iglesia Católica. España llegó a reducir su tasa de fecundidad muy por debajo de la necesaria para el reemplazo generacional, lo que sin embargo no llegó a situarnos en las más altas tasas de envejecimiento que estaban ofreciendo otros países europeos, ni se realizó al mismo ritmo en todas las comunidades del país. La propia historia española del mismo siglo XX y las condiciones económicas, sociales y políticas peculiares del pueblo español supusieron que el envejecimiento no fuese preocupante, por lo que podía suponer de desequilibrio demográfico. Tanto la guerra civil como la emigración exterior redujeron en parte el posible envejecimiento poblacional. En la actualidad, otro de los factores a tener en cuenta en demografía, la inmigración está suponiendo un cambio importante al aumentar los efectivos de personas jóvenes y la tasa de fecundidad española. No obstante, la posibilidad de que aumenten las cohortes de la tercera y cuarta edad sigue siendo grande, incrementada con la inmigración de europeos integrados en esas cohortes que están eligiendo España como lugar de retiro para pasar los últimos años de su vida.

Al margen de la demografía, debemos recordar que la vejez como contenido y significativo no deja de representar una construcción social, observando como la cultura occidental en un narcisismo e individualismo, en muchos casos desmedido, plantea una visión negativa de la vejez (el *viejismo* del que habla SALVARELLA: 1998) en su afán por negar lo que entiende que conlleva y el ser humano moderno no quiere aceptar: decline de facultades, ocaso físico, enfermedad y muerte. Una sociedad entregada al culto al cuerpo, al triunfo a la competitividad y al consumo, no ve de buen grado todo lo que le recuerde sus etapas posteriores en cuanto ser humano en un alarde de frivolidad, olvidando que la muerte comienza con el nacimiento, y la creatividad nunca termina si se aceptan las limitaciones de la edad y se adaptan las potencialidades a nuevos roles. Ciertamente nuestra sociedad ha cargado a la vejez de prejuicios negativos y le ha privado de roles ancestrales como fueron el

mantenimiento de la tradición y la reserva del saber, en parte fruto de lo que Margaret Mead considera el triunfo de la familia *prefigurativa* (MEAD: 1971), en la que el conocimiento se traslada a los más jóvenes, como consecuencia de una crisis social en la que el hombre pierde confianza en la religión, la ciencia y las ideologías careciendo de seguridad. En este caso la seguridad sólo puede venir por el triunfo, lugar en el que no hay cabida para el anciano y que desde el punto de vista psicoanalítico se situaría su origen en el nacimiento de la Modernidad, con la aparición del individualismo y la muerte del padre todopoderoso. Históricamente la actitud de las comunidades ante la vejez ha pasado por vicisitudes diversas. Si bien poco se sabe de las sociedades prehistóricas, donde debieron de existir pocos ancianos por las dificultades que implicaba la vida cotidiana, si es cierto que las culturas orientales han sabido guardar y mantener una visión positiva y de veneración a la ancianidad que ha alcanzado incluso a la mujer de edad, aunque sólo sea por su papel de intermediaria entre generaciones. Esto mismo ocurrió incluso en la Europa precristiana donde la mujer vieja oficiaba rituales y realizaba tareas de educación y sanación como representante humana de la diosa madre en su época de mayor sabiduría. Todo ello viene abajo como consecuencia de la implantación de culturas patriarcales que invocan la sumisión para la mujer, quedando ésta relegada y profundamente despreciada en la última etapa de su vida por haber perdido el único valor que se le concedía, la capacidad de ser madre. La mujer que supera la menopausia pierde incluso la posibilidad de ser objeto de atracción erótica en culturas fuertemente masculinizadas, con lo que se le niega toda capacidad de valerse por sí misma, siendo exclusivamente valorada por su capacidad de sacrificio en pos de los demás. Tanto ha sido así, que las mujeres que osaron alzar la voz públicamente en los últimos siglos, no solo eran poco numerosas y sí privilegiadas, pues al no ser líderes en su mayoría ni con fuerte presencia documental, se alzaron con valor pero utilizando la autohumillación como recurso con objeto de no ser tachadas de prepotentes o de varones con faldas, véase si no la obra de Santa Teresa de Jesús, para limitarnos a un solo ejemplo. No obstante, la Antigüedad otorgaba fuerte valor al viejo varón, al que se consideraba depositario de la sabiduría de la comunidad, y se ha venido manteniendo hasta la actualidad en ciertas culturas orientales y africanas, donde la expansión de la cultura occidental y la labor de los medios de comunicación junto con el acceso de los jóvenes a las universidades ha ido dando al traste con el respeto que hasta hace muy poco seguían gozando los ancianos en estas latitudes.

La primera queja escrita que conservamos sobre las penalidades de la vejez, aparecen en el texto que recogemos del visir egipcio Ptah-Hotep, redactado unos 2500 años antes de Cristo durante el reinado del faraón Isasi de la quinta dinastía: *¡Oh Soberano, mi Señor! La vejez ha sucedido, y la edad ha llegado, la debilidad ha venido y la debilidad se renueva, como los niños, uno duerme todo el día Los ojos quedaron debilitados y los oídos ensordecidos. La fuerza expira a causa del cansancio de mi corazón. La boca está callada y no puede hablar. La*

memoria se termina y no puede recordar el ayer. Los huesos han sufrido a causa de la longevidad. y lo Bueno se ha transformado en lo Malo. Todo sabor se ha ido. Lo que hace la senilidad a los hombres es malo en todas las cosas. Las narices han bloqueado y no pueden respirar. Vivir (lit.: estar sentado y estar de pie) es difícil.

El mundo griego, por su parte, presenta una visión ambivalente de la ancianidad, destacando por el respeto otorgado a los mayores, la rama espartana bajo el mando de la *gerusía* o senado compuesto por mayores de sesenta años y elegidos por el ejemplo moral que habían establecido a lo largo de sus vidas. Atenas, sin embargo, vio la pérdida de poder de los arcontes establecido por Solón con la llegada de las instituciones democráticas y el amor a los cánones de belleza física encarnados por los cuerpos jóvenes, tan queridos por los dioses. Aún así, se observan visiones contradictorias, pues ante la actitud mantenida son numerosas las leyes que se promulgan enfatizando la necesidad del cuidado y del respeto a los ancianos a la vez que surgen los primeros asilos destinados al cuidado de estos, como el de la casa de Crespo. No está de más recordar que frente al conocido pensamiento de Platón se encuentra el no menos conocido de Aristóteles. Si Platón reconocía un valor positivo a la vejez afirmando que aprendía cada vez más cosas a medida que envejecía, Aristóteles lo consideraba una enfermedad incurable, alejándose del mito griego del viejo Hermes como encarnación del poder del intelecto y asemejándola al invierno como etapa de enfriamiento y decadencia siguiendo las líneas trazadas por Hipócrates. También Pitágoras alababa la vejez como la recompensa a una bella vida y Gorgias entendía que no había nada de qué acusar a esa edad. Ya en Eurípides se observa una visión ambigua sobre el tema, defendiendo y atacando la vejez al mismo tiempo, una edad que pasará a ser objeto de burla constante en las obras de Aristófanes y Menandro.

La antigüedad romana presenta un panorama semejante en cuanto al paso del respeto a la vejez a rehusarla como mal y blanco de chanza. Realmente el peso demográfico de los ancianos era mayor que en el mundo griego, destacando especialmente los varones a diferencia del mundo actual caracterizado por la feminización de la ancianidad. A diferencia de la mujer anciana, especialmente la viuda o soltera, claramente vilipendiada hasta los últimos tiempos del imperio en que comienza a valorarse la figura de la matriarca, el varón anciano tuvo su gran esplendor durante la república ejemplarizado con el papel otorgado en el derecho al *pater familias*, figura omnipotente en el ámbito doméstico que llegó a conciliar en muchos casos los odios de los demás miembros de la casa, y con su lugar en el poder público como miembro del Senado, situación que irá declinando a favor del ímpetu y la fuerza juvenil con la institución del Imperio. Ciertamente y como ha solido ocurrir a lo largo de la historia, el anciano que se menciona es el anciano con poder, adulado o detestado, pero no el que carece de ello, para el que sólo queda compasión o desprecio. Frente a Cecilio que observa la vejez como odiosa a los jóvenes o Juvenal que la entiende como un condenarse a la tristeza, aparece un

Cicerón que por boca de Catón el Viejo en su obra *Sobre la vejez*, la describe como solamente negativa para los necios que no han sabido cuidarse de sus vicios durante la juventud y la edad adulta. La vejez no es sinónimo de enfermedad y puede seguirse aprendiendo ejercitando las capacidades físicas y mentales, pues las grandes cosas no se han hecho por la fuerza si no por el consejo, algo que sólo puede ofrecer el anciano debido a su experiencia y alejamiento de las pasiones. Contra los que ven en la ancianidad una etapa decadente que aparta de las actividades, debilita el cuerpo, priva de casi todos los placeres y no está lejos de la muerte, Cicerón aboga en su defensa alegando que hay actividades propias de la ancianidad que se realizan con la mente, mayores y mejores que la que realizan los jóvenes, las capacidades, especialmente las psíquicas y mentales no se pierden si se ejercitan, pues muchas de las obras inmortales han sido realizadas por personajes conocidos en su ancianidad, que no hay nada mejor que verse libre de las pasiones a las que llevan el deseo y el placer físico obnubilando la inteligencia, aunque la vejez no está exenta de los placeres si no que los busca con moderación y en cuanto a que no se halla lejos de la muerte no hay que olvidar que ésta ha de ser despreciada si no conduce a ningún lugar y deseada si lleva a una vida trascendente. Este alegato junto con la defensa de la ancianidad virtuosa y activa que busca la tranquilidad realizada por Séneca en sus *Cartas a Lucilio* u otros estoicos como Epitecto, sin embargo no aleja la depresión que puede venir con la soledad y el sufrimiento que también puede surgir con la vejez y supuso el suicidio de muchos de ellos.

Continuando con las raíces de la cultura occidental, la otra gran influencia vino del judaísmo, mundo hebreo en el que se valoraba al anciano hasta el extremo de representar en su figura al Dios Padre Todopoderoso en su continuación por el cristianismo. Como consecuencia de que la palabra hebrea zenequim sea sinónimo de anciano y capacitado para ejercer funciones publicas con prudencia y experiencia, ya en la antigüedad hebrea vemos los patriarcas y profetas encarnados en ancianos o al menos en personas a las que Dios concede una larga vida como señal de elegido (Abraham, Moisés, Leví...), quien ame y escuche la voz de Dios recibirá la recompensa de muchos años en la tierra (Dt 30, 15-20) e incluso gozará de la salvación (Sal 91, 15-6). De ellos, los ancianos, viene la sabiduría y la prudencia para saber cuando hablar, por ello *¡Ponte en pie ante el hombre encanecido, honra al anciano y teme a Dios!* (Lev 19, 32). No obstante, no siempre fue así, si a Moisés Yhaveh le pide crear un consejo de ancianos con setenta varones escribas que le ayuden en la tarea de conducir al pueblo elegido a la tierra prometida (Nm, 16), su labor de consejeros pierde peso en la etapa monárquica, especialmente con Roboam, hijo de Salomón, y su poco aprecio por la opinión de los mayores a favor de la de los jóvenes con quienes se había criado (I Reyes, 12). El exilio a Babilonia tras la invasión de Nabucodonosor, supuso de nuevo un mayor peso del consejo de los ancianos, especialmente en las sinagogas. De cualquier forma la visión judía de la igualdad humana parte de la idea de un único Dios por encima de la humanidad, del origen común de

ésta a través de Adán y Eva y de un alma sagrada, elemento clave de un ser creado a imagen y semejanza del propio Dios. Ser únicamente siervo de la Divinidad implica una concepción de la igualdad humana que no entiende de sexo, edad u otra de las diferentes desigualdades que establecen los hombres en sus sociedades, de ahí la defensa bíblica de los huérfanos, viudas, pobres, extranjeros y ancianos. El cristianismo, en un principio secta derivada del judaísmo, si bien tuvo en un principio en gran valía a los presbyteroi que conformaban las asambleas de ancianos, no tuvo posteriormente en los llamados Padres de la Iglesia unos admiradores de la ancianidad, debido en parte a su cultura helenística y a hacer derivar algunos la vejez del pecado. Aunque a veces se observan mensajes que pueden parecer contradictorios como deviene del mandato de honrar a los padres y a la vez de abandonarlos para seguir a Jesús, lo cierto es que el mundo cristiano ha sido amable con la ancianidad y extendió los lugares de acogida en los que se incluían por considerárseles y ser en muchas ocasiones desvalidos. Otros ancianos, habitualmente con poder y medios, elegían el retiro a la vida monástica, para en el final de sus días prepararse para la vida ultraterrena. No obstante, no ha sido realmente hasta el concilio Vaticano II que se ha empezado a aludir a los ancianos de forma directa, a través de encíclicas como la *Gadium et Spes* y *Octogesima Adveniens* o decretos como el *Apostolicam Actuositatem* o el *Presbyterorum Ordinis*. Aún así, las enseñanzas más entroncadas con la ancianidad han venido de la mano del papa anterior, Juan Pablo II, en encíclicas tales como *Laborem Exercens*, *Sollicitudo rei sociales*, *Centessimus annus* *Evangelium Vitae* y en exhortaciones como la *Familiaris Consortio* o *Christifideles Laici* o la *Carta de los Derechos de la Familia*, donde se insta al cuidado de los ancianos, al respeto de su dignidad humana, a ofrecer visiones positivas de la ancianidad y del trato intergeneracional, favoreciendo una vejez activa y comprometida con la realidad presente.

La Edad Media, por otro lado, conoció plagas que afectaban fundamentalmente a jóvenes y niños, con lo que los ancianos en muchos casos pasaron a ser mantenedores de la familia y a ocupar mayor peso social y económico. A pesar de que las guerras favorecían el papel de los jóvenes, el nacimiento de la burguesía supuso un avance en la consideración del anciano, especialmente aquel que había conseguido crear y/o mantener un fuerte patrimonio. El Renacimiento con su admiración por la antigüedad helena y romana no fue una buena época para los ancianos que son ridiculizados y rechazados al menos en el mundo literario, llevando la peor parte como casi siempre la mujer mayor. Tampoco fue mucho mejor la consideración de los ancianos en la Francia revolucionaria, empeñada en despreciar todo lo viejo. Siglos posteriores, sin embargo, conocerán la promulgación y aplicación de los derechos sociales que facilitarán la vida del anciano, aunque existen muchos países donde estos derechos son aún solo una quimera e incluso dentro de los países donde son reconocidos no se hacen en el mismo nivel ni con igual alcance. Mientras tanto, vemos que a lo largo de los tiempos la humanidad ha venido observando como la pérdida de espacios públicos para el desarrollo de la

personalidad ha supuesto la privatización del campo de provisión de necesidades y, sin duda, la familia ha sido una de las instituciones a las que más se le ha exigido en el aspecto emocional, lo que en muchos casos ha dado pie a frustraciones por insatisfacción, pero no es menos cierto que en los últimos años éstas van en aumento pues diversos factores como la incorporación de la mujer al mundo universitario y sobre todo su ingreso masivo en el campo laboral retribuido, la monoparentalidad, el divorcio, el espacio de las viviendas, la preeminencia del mundo citadino frente al rural., ha supuesto la contracción de la familia y la suspensión de muchas de las funciones que hasta hace poco venía desempeñando. Aún así, la familia sigue siendo un referente fundamental del ser humano que adquiere mayor importancia en la vejez, donde el anciano trata de cubrir casi en su totalidad su necesidad afectiva y dejar su legado. No obstante, en multitud de casos, las dificultades familiares comienzan cuando el anciano cae enfermo o deviene dependiente por múltiples causas

Recordando que la salud integral supone componentes, biológicos, psíquicos, sociales y afectivos, no podemos obviar de ninguna forma la importancia tanto de las relaciones sociales como de las actividades que realiza el individuo en su vida cotidiana para el buen mantenimiento de su salud o lo contrario. Llegar a la vejez en cualquier sociedad supone variantes y por supuesto no es un proceso homogéneo en el que puedan establecerse fases con igual trascendencia para todos los ancianos, pues juega como en todo lo humano un papel importante la individualidadazonada con singularidades interferidas por el contexto económico y social, tanto general como individual, así como el grado educativo, la trayectoria vital y la mayor o menor capacidad que presente la persona para adaptarse a los cambios que conlleva su propia situación. Interviene por tanto, la llamada *resiliencia*² o concepto tomado de la física que supone un proceso mediante el cual el ser humano muestra la capacidad o habilidad para hacer frente a las adversidades, adaptándose y siendo transformado por ellas (Véase entre otros: GROTBORG, E. (1995) y MANCIAUX, M (comp.) (2003)). Desde la sociología y la psicología aparecen diversas teorías que toman en cuenta estos condicionantes, entre las que cabe destacar la teoría de la actividad, la teoría de la desvinculación de los roles, teorías de la estratificación por edades y de la continuidad, de la subcultura, del intercambio social o del contexto social, haciendo todas ellas hincapié en la actividades y actitudes que toma o debe tomar el anciano en su nueva etapa teniendo en cuenta el entorno social. En todas se aprecian vertientes positivas y negativas, recalándose de forma general las desventajas del aislamiento y el valor positivo que supone mantenerse activo y en permanente contacto ya sean con las redes sociales formales como informales. El desarrollo de los estudios sobre la vejez en las disciplinas antes mencionadas han supuesto cambios en su concepción, espacialmente derivados de dos causas: el reconocimiento de que vejez no es sinónimo de

² Del latín RESILIRE, que implica "volver a entrar saltando", "saltar hacia arriba", pero también "desviarse" o "apartarse"

enfermedad ni forzosamente implica deterioros mentales y por las distintas acepciones de la vejez que se han propuesto. Autores como Aragó y Moragas presentan clasificaciones diversas, de forma que mientras el primero nos habla de edad biológica, psicológica y social, el segundo lo hace de vejez cronológica, funcional y etapa vital. Así vemos que mientras la vejez cronológica se refiere al tiempo objetivo que no causa los mismos efectos en todas las personas, la vejez funcional se refiere a las limitaciones que pueden presentar los ancianos; la vejez como etapa vital significa simplemente eso, una nueva fase en la vida con múltiples posibilidades de desarrollo. Por cuanto a la edad cronológica, ésta hace referencia a coordenadas biológicas diferentes para cada sujeto, la edad social implica las funciones que el anciano realiza en su contexto y la psicológica conecta con los cambios de perspectivas a los que hace frente la persona a medida que avanza en edad. Por lo que se refiere a las teorías sociológicas sobre la vejez hay múltiples clasificaciones, aunque nosotros sólo vamos a mencionar el punto clave de cada teoría.

La *teoría de la desvinculación* nace en los años sesenta (CUMMING Y HENRY: 1961) y señala como el individuo se va desvinculando de la sociedad, por voluntad propia o empujado por la sociedad, limitando sus roles lo que implica ir cediendo en responsabilidades. Los años setenta vieron la aparición de una nueva teoría con origen en la anterior, la *desvinculación transitoria* (LEHR: 1988), que rompe la visión tajante del aislamiento haciendo alusión a las nuevas vinculaciones sociales que pueden producirse y que supondrían un cambio y no una retirada. Frente a ellas se sitúa la *teoría de la actividad*, aparecida como la primera en los años sesenta y que aboga por que el anciano dedique su tiempo a diversas actividades que le suplan las obligaciones anteriores y le concedan un papel de importancia en la sociedad, algo no fácil de ocurrir si se pretende que la sociedad actual otorgue verdadero valor a estas funciones con la mentalidad actual (MISHARA y RIEDE: 1986). El enfrentamiento entre las teorías de la desvinculación y de la actividad no ha sido óbice para la aparición de teorías diferentes con énfasis en nuevos parámetros. Así encontramos la *teoría de la continuidad o del ciclo de la vida* (ATCHLEY: 1975) recalcando como la vida pasada de la persona influye de forma determinante en su forma de abordar la vejez; la alemana *teoría de la fenomenología* que resalta la subjetividad de la percepción personal y su influencia en la acción; *las teorías de la subcultura* (ROSE: 1965) y la de *la minoría* (STREIB:1965), que nacidas en los años sesenta mantiene que la interacción entre personas de la misma edad lleva a formar una subcultura o minoría social marcadas por sus iguales o diferentes características, pero con tendencia a homogeneizarlas al igual que resulta de la *teoría del etiquetaje social* (BENGTON:1973), la cual mantiene que una vez aceptada la etiqueta social el individuo actúa según se espera de él en la sociedad en que vive.

Otras teorías sociológicas remarcan las relaciones intergeneracionales centrándose para su estudio en la variable edad, como la de la *modernización* (PHILIBERT: 1968) afirmando

que la modernidad conlleva una mayor valoración de la juventud y sus facultades en detrimento de la valoración social de los ancianos; la *teoría del enfoque de cohortes o generaciones*, expuesta por Mannheim y Ortega y Gasset o la de *la estratificación según la edad* (RILEY: 1968), señalando la primera como las normas sociales y los roles vinculados a la edad varían como producto de transformaciones culturales, sociales y políticas, mientras la segunda continúa ahondando en los roles que marcan la edad y el conflicto que aparece tras el retiro profesional. La pérdida de normas y roles es acentuada de nuevo en *la teoría del vaciado de roles* defendida por Anderson, lo que entiende produce una sensación de liberación en el mayor al verse desembarazado de antiguas obligaciones en diversos campos. De nuevo el enfoque intergeneracional surge en parte en *la teoría de la dependencia estructurada* (WALKER: 1983), aunque en este caso el conflicto presenta una doble cara con respecto al Estado y a las demás cohortes generacionales por la competitividad ante la escasez de recursos. Para finalizar este repaso a las teorías sociológicas sobre la vejez, sólo señalar *la del medio social* de GUBRIUM, la cual hace hincapié en la importancia del entorno económico y social que envuelve al anciano y las posibilidades que este le permite.

En nuestra sociedad dos signos de envejecimiento con consecuencias no siempre adyuvantes para el proceso vital son la pérdida de empleo por jubilación y el abandono del hogar por parte de los hijos. De forma mayoritaria ello implica la necesidad de un cambio para adaptarse a la nueva situación que suele sufrirse en muchos casos como una pérdida de los papeles fundamentales de la vida. La jubilación supone un aumento del tiempo libre que no se sabe bien como llenarse, a la vez que supone una pérdida de parte de la identidad, ruptura con las relaciones sociales establecidas en el campo laboral, una disminución de los ingresos con el consiguiente menoscabo en la capacidad de consumo y una sensación de marginación social debido a la inutilidad que representa ahora el anciano en el mundo de la producción tan querido por una sociedad adicta al consumo. El alejamiento de los hijos del hogar también se vive a veces como una pérdida de función social, especialmente en las mujeres dedicadas fundamentalmente a su hogar y familia. Sin embargo, este periodo de la vida nos ofrece la posibilidad de retomar y profundizar en las relaciones con los amigos y vecinos, que pudieron no ser tan cuidadas por la necesidad de emplear el tiempo en el trabajo y no tiene por qué repercutir de forma negativa si buscamos nuevos roles en los que desarrollar nuestra personalidad aumentando incluso nuestra autoestima. No obstante, uno de los mayores enemigos con que cuenta la vejez son la cantidad de mitos y prejuicios a los que se ve sometida. De todos ellos señalaremos algunos sobradamente conocidos como la idea de que la edad de la jubilación, hacia los sesenta y cinco años, es la edad de entrada en la vejez, considerar que el anciano pierde sus capacidades intelectuales y psíquicas partir de una cierta edad, asemejándolo a la niñez, pero sin futuro y sin esperanza de recuperación lo que presenta un panorama bastante deprimente a su vez. Por otro lado, encontramos la idea de equiparar

vejez con enfermedad de forma inmediata, con persona improductiva y por tanto parásito social, lo que supone olvidar que ellos antes han contribuido a generar la riqueza económica y social. También está muy extendido el hecho de considerar que la ancianidad no puede presentar un rostro y un cuerpo bellos con las marcas que el tiempo ha dejado en ellos, pues eso sólo se supone en los cuerpos jóvenes y atléticos, lo que a su vez conlleva un estrés constante por mantenerse con apariencia juvenil, olvidando la belleza que emerge de la serenidad y una presencia que no trata de ocultar lo vivido, asimilado y aprendido. Y desde luego si hay un mito realmente dañino es la consideración de los ancianos como un todo por igual, dejando a un lado las particularidades que surgen de los individuos. Todo ello, lleva a que entre los mismos ancianos encontremos muchos que niegan haber entrado en esa etapa de su vida y menos aún que se les compare con lo que ellos llaman viejos. En el fondo, estos prejuicios negativos hacia la ancianidad conlleva un fondo de violencia social hacia el colectivo, si bien desgraciadamente la violencia a que muchos ancianos son sometidos no se queda ahí. Como bien reconoce la Declaración de Hong Kong (1989) de la Asociación Mundial de Médicos, el maltrato al anciano puede ser tanto físico como psicológico, financiero, maltrato médico o autoabandono, a lo que nosotros añadimos el social e institucional.

Así el maltrato físico puede verse reflejado en golpes, ataduras, quemaduras, empujones, infligir heridas o en la falta de cuidados médicos, de higiene, presencia, alimentación.... A veces se produce el abandono total en plena calle o residencias a las que nunca se realiza una visita, salvo para recoger la herencia cuando existe, o se observa el autoabandono del propio anciano, en muchos casos relacionado con el síndrome de Diógenes. En familia suele ser aún más común el maltrato psicológico mediante amenazas o insultos, tratamiento infantiloides, aislamiento y/o indiferencia a sus valores, creencias, deseos o sentimientos. Tampoco suele alejarse mucho del ámbito familiar el maltrato financiero, a través del robo en sus distintas versiones: ocultar patrimonio o apropiarse de ello, aprovechando que no lo controla o que en su sentimiento de culpa por el estado de dependencia no va a negarse a ello, o bien utilizar los bienes y dinero del anciano para fines que él no conoce. Pero no es la familia un campo particular que no tenga reflejo de la sociedad en que se mueve, así nos encontramos con el maltrato social mediante la falta de oportunidades, de políticas públicas específicas o anomalías en su cumplimiento, apoyo público a valores que relegan o humillan al anciano, en el incumplimiento de normas de cortesía olvidando sus limitaciones por edad y actitudes de humillación, rechazo o indiferencia. Lo institucional se refleja en atención escasa, rechazo, negligencia o claro maltrato verbal cuando requieren apoyo y orientación para obtener un servicio determinado. De todo lo cual deducimos que el maltrato o abuso se produce tanto en el nivel macrosocial con la desaparición evolutiva de la ancianidad como grupo de poder, en el nivel intermedio por la falta de políticas de comunidad y en el micro que alude al campo familiar.

Lo cierto es que el maltrato a los ancianos, aunque viene ocurriendo a lo largo de la historia, es un tema bastante novedoso en las investigaciones y estudios, si lo comparamos con el maltrato a la infancia o incluso a la mujer. Es uno de los problemas más ocultos en nuestra sociedad, entre otras causas por la falta de denuncias que son mínimas y la poca receptividad a reconocerlo por parte de los ciudadanos. Aún así, basándose en las denuncias las estadísticas españolas hablan de un cinco por ciento de ancianos maltratados en nuestro país, pero esto no conforma si no la punta del iceberg³, pues se sabe que los ancianos rara vez lo denuncian⁴ por temor a represalias, por vergüenza o por depender de los maltratadores, aunque esa dependencia sea sólo afectiva, pues no olvidemos que el 97% de los ancianos españoles vive solo en su hogar o con sus familias. Según los datos del Centro Reina Sofía en España la incidencia de ancianos maltratados entre el año 2000 y 2003 ha crecido un 82,27%, siendo mayor en las mujeres, de igual forma que ha aumentado un 64.70% en ese periodo el maltrato al anciano que proviene de su pareja con una prevalencia que aumentó un 56.84%. A pesar de ello no es hasta la entrada en vigor de la ley Orgánica 11/2003 de 29 de septiembre que se considera delito cualquier agresión incluyendo no sólo las agresiones físicas, sino también las de carácter psíquico, tomando la definición del maltrato a ancianos de la Primera Conferencia de Consenso sobre el Anciano Maltratado que se celebró en España en 1995 y que es la siguiente: “ *todo acto u omisión que produce daño, intencionado o no, practicado sobre personas de 65 años o más, que ocurre en el medio familiar, comunitario o institucional, y que vulnera o pone en peligro la integridad física, psíquica, así como el principio de autonomía o el resto de los derechos fundamentales del individuo, constatable objetivamente o percibido subjetivamente*”. En cuanto a los factores de riesgo y vulnerabilidad de ser víctima de malos tratos, se considera para el anciano (la edad avanzada, deficiente estado de salud, incontinencia, deterioro cognitivo y alteraciones de conducta, dependencia física y emocional del cuidador y el aislamiento social), para el agresor cuando es el cuidador (sobrecarga física o emocional, trastornos psicopatológicos, abuso de alcohol u otras toxicomanías, experiencia de violencia familiar previa, incapacidad para soportar emocionalmente los cuidados), dándose una situación de especial vulnerabilidad cuando la vivienda es compartida, hay malas relaciones entre la víctima y el agresor, falta el apoyo familiar, social y/o financiero y se da dependencia económica o de vivienda del anciano.

³ El 40% de los ancianos españoles sufre algún tipo de maltrato, siendo el más habitual la negligencia, cuando la cuidadora es una mujer, y la agresión física cuando lo cuida un varón. Más de 357.000 ancianos sufre maltratos en España, según datos dados a conocer el 14 de junio de 2006 por la Confederación Española de Organizaciones de Mayores. Actualmente, España es el país que más casos de abusos en ancianos registra y donde más reacostumbra a atar a los mayores como sustituto de la vigilancia, provocando con ello, en ocasiones, estrés severo, alteraciones sensoriales, aumento de la pérdida de memoria, infecciones, úlceras cutáneas e incluso muerte por asfixia.

⁴ Tan solo el seis por ciento de las denuncias presentadas son hechas por los propios ancianos.

Por lo anteriormente establecido llegamos a la conclusión que también nuestro tiempo necesita de una ética social que ayude a la acción y sirva de contrapeso a la mentalidad científico racional, tan exaltada en la actualidad a la vez que olvida que las emociones mueven más a la sociedad que las razones, valorando la vida en sí misma, y recordando que ninguna etapa de la vida posee de por sí mayor valor que otra. Son por sí mismas un continuum en la unidad de la vida, en la conformación del ser que supone una tarea que no acaba sino con la muerte, por lo que tampoco debe aceptarse la mal llamada ética del descanso cuando ello supone retirar al anciano de su propio compromiso y deber sociales, sin que exista la justificación de una enfermedad que lo discapacite y sí una estratagema para aislarlo de su entorno y rebajar su autoestima. Nuestra sociedad hedonista, masificada, consumista, anónima, potencia el individualismo y ensalza todo lo juvenil acercándose peligrosamente a posturas nihilistas, que pasan factura con el tiempo, alejando al anciano de la dimensión pública que debe ostentar cada ciudadano. Por otro lado, el rechazo que los jóvenes presentan hacia la autoridad, la emulación o el esfuerzo son también consecuencia del fracaso de la sociedad en su sistema educativo, de la dejación de funciones de los padres y de la ausencia de referentes, que bien podrían ser representados por muchos de los ancianos ejemplares que conviven con nosotros. La búsqueda de la felicidad, tan cacareada en estos tiempos, en un materialismo efímero lleva al famoso “no te preocupes, se feliz”, olvidando que esta frase es sólo parte de una más extensa que utilizaba Meher Baba en los años veinte: “Da lo mejor de ti y luego no te preocupes y se feliz”. Pero no hace falta recurrir al humanismo cristiano que ve en la persona la imagen y semejanza de Dios, sino al propio humanismo laico que hace del hombre la medida de todas las cosas y, por tanto, fuente de derechos y valores, para reivindicar la dignidad de la persona humana en todas las etapas de su vida. Sólo así, viendo en el anciano lo que es una persona con plena dignidad, evitaremos la marginación a que se ve sometido en múltiples casos. Una marginación que también proviene de las instituciones públicas cuando la administración no procura los medios para una vivienda y pensiones adecuadas y además los segrega en viajes, excursiones y bailes exclusivos para ancianos. El Estado debe proveer de residencias y centros geriátricos, que no se conviertan en guettos o reservas de ancianos, con un personal especializado y vocacional, así como permitir a nuestros mayores tomar parte en labores asistenciales, sociales y educativas en consonancia con sus aptitudes y habilidades y ofreciéndoles la posibilidad de desarrollar todas sus potencialidades. Debe, a su vez, proveer de asistencia domiciliaria cuando esta sea requerida y no sea necesaria el internamiento en un centro, pues fomentar la autonomía y favorecer la independencia no sólo repercute en un aumento de la autoestima individual del mayor, sino en ventajas para toda la sociedad, pues la pérdida de protagonismo social, económico, familiar y social a que estamos conduciendo a los ancianos, lleva en muchos casos a enfermedades como la depresión, desmotivación por la vida y a desconectar de la realidad con la consiguiente

problemática que acarrea un enfermo tanto para la Seguridad Social como para los familiares y sus cuidadores. El propio sistema educativo, por su parte, debería hacer hincapié en los valores que conllevan los ancianos, tales como la experiencia y una mejor ponderación de lo verdaderamente importante en la vida, algo que suele ser más ajustado en la última etapa de la vida y enseñar a envejecer, para evitar caricaturas de juventud y seres inseguros e irascibles como emergen aquellos que no saben y/o no quieren envejecer. Los medios de comunicación tienen, desde luego, una función importante que cumplir por su influencia en la opinión pública, sabiendo valorar tanto la juventud como la vejez en su justa medida, especialmente en una sociedad donde los llamados ancianos sobrepasan el 35% de la población, algo que además se verá incrementado por la esperanza de vida, el paro estructural, las crisis económicas, los avances tecnológicos y la superespecialización profesional. Por otro lado, la familia y los amigos deben al anciano, no sólo agradecimiento en la mayor parte de los casos, sino afecto, saber escucharlo, favorecer las relaciones intergeneracionales, ofrecer seguridad y no síndrome de maleta vieja que nadie quiere y reapiertan por temporadas como una carga, cuando además suplen muchas veces las ausencias de los padres trabajadores en la crianza de los nietos o son los que con su pensión mantienen las familias de los no ocupados. Ya es hora de que alejemos la idea de que ancianidad significa enfermedad, dependencia y muerte con el consiguiente rechazo de lo que nos parece dolor y nos impide, por tanto, la compasión y el afecto hacia el que se encuentra en una situación difícil realmente. No olvidemos, por otro lado, que si bien uno de los rechazos que provoca la vejez es la imagen de vulnerabilidad que presenta el anciano, esa vulnerabilidad se encuentra en el hombre de forma permanente, pues nadie a ninguna edad está exento de caer enfermo o de la posibilidad de morir y sí recordemos que una vida digna necesita cubrir necesidades materiales, psicológicas y espirituales, siendo una de las obligaciones morales de la sociedad tratar de ofrecerlas al mayor, especialmente a los más desvalidos y dependientes, que no pueden ser rechazados o abandonados como mero estorbo cuando aparentemente no nos sirven para nuestras metas o bienestar. No siempre ocurre así, de ahí la necesidad actual de plantearnos el cuidado del anciano en su vertiente integral, como reto social, al que están llamados todos los sectores y estamentos sociales.

Bibliografía

- ANDERSON, B.G. (1972): "The process of deculturation: its dynamics among United States aged" en *Anthropological Quarterly*, 45 (4)
- ARAGÓ, J.M. (1985): "Aspectos psicosociales de la senectud" en CARRETERO, M., PALACIOS, J. y MARCHESI, A (comp.).- *Psicología evolutiva*. Madrid. Alianza.
- ATCHLEY, R. (1975): "Retirement and Leisure" en GRANDALL, R. G: *Gerontology: A behavioural science approach*. New York. NAR
- BENGTSON, V. (1973): *The Social Psychology of Aging*. Indianapolis. Bobbs Merrill.
- BIBLIA DE JERUSALÉN (ed. 1972): Zalla (Vizcaya). Centro de Ediciones Paulinas.
- CUMMING, E. y HENRY, W.E. (1961): *Crowing old*. New York. Basics Books.

- GUBRIUM, J.F. (1973): *The myth of the golden years*. Springfield. Thomas
- LEHR, U. (1988): *Psicología del envejecimiento. Proceso y aprendizaje*. Barcelona. Herder
- MANNHEIM, K. (1993): "El problema de las generaciones" en *REIS*, nº 62
- MINOIS, G. (1987): *Historia de la vejez .De la Antigüedad al Renacimiento*. Madrid. Nevea
- MISHARA, B. L. y RIEDEL, R.G. (1986): *El proceso de envejecimiento*. Madrid. Morata.
- MORAGAS, R. (1991): *Gerontología social: envejecimiento y calidad de vida*. Barcelona. Herder.
- ORTEGA Y GASSET, J (1923): *El tema de nuestro tiempo*. Madrid. Revista de Occidente.
- PHILIBERT, M. (1968): *L' echelle des ages*. Paris. Edition du Senil
- RILEY, M. W. (1968): "Aspectos sociales del envejecimiento" en MISHARA, B. L. y RIEDEL, R.G. (1986): *El proceso de envejecimiento*. Madrid. Morata.
- ROSE, A. y PETERSON, W (1965): *Older people and their social world*. Philadelphia. Davis
- STREIB, G. (1965): "Are the aged a minority group" en GOULDNER, A y MILLER, S. (comp): *Applied Sociology*. New York. Free Press
- WALKER, A. (1983): "Social policy and elderly people in Great Britain: the construction of dependant social and economics status in old age" en GUILLEMARD, A. M. (ed): *Old Age and Welfare State*. London. Sage.